

se apodera a primera vista... se abra en horizontes nuevos... el yo animal a cuatro patas...

## Mutación de la memoria

**Ramiro Tapia, acuarelas.**  
*Galería Seiquer. Españolito,*  
*23. Hasta el 5 de junio.*

**A**L salmantino Ramiro Tapia, que nació en un verano de 1931 en Santander por pura circunstancia, le ha gustado siempre jugar a la contra o, mejor dicho, hacer su propia interpretación de la realidad al margen de criterios unificadores, absolutos y caducos. Su primera vocación, y quizá la única, la arquitectura, aunque ejerza de pintor. Los primeros pasos en la Escuela de Arquitectura de Madrid, las primeras intenciones en la de Artes y Oficios de la mano de Angel Ferrant, el primer ideal: Klee o la magia de hacer de la música una imagen visual, un universo imposible, pero tan

real como la voluntad de soñar, de imaginar. El período kleniano y juvenil lo definió Tapia como «realismo mágico». A comienzos de los 60 trata de romper con aquel primer modelo a través de un «paréntesis abstracto» para intentar posteriormente, perdida la noción de signo, el poder del símbolo por caminos más literarios, por el de la fábula. Durante años va a ser la imagen del animal la que se apodera de sus diferentes expresiones figurativas. Con la década de los 70 aparece en él una irresistible necesidad de apartarse de cualquier resquicio de vida, y comienza a construir sus «máquinas creyentes» en las que se debaten el cubismo, futurismo y surrealismo. A partir de aquí, de ese triple encuentro, sólo so-

brevive el surrealismo, que le exige un nuevo giro de 90 grados en su concepción formal. Es entonces la daliniana la que influye en sus «metamorfosis» y sus «arquitecturas imposibles». Su obra actual, que se presenta bajo el título de «Hecatombé», supone un nuevo replanteamiento, una ruptura con el equilibrio simétrico en el que habían ido a parar sus arquitecturas de fábula, de sueño, de cuento de hadas. Premonición, explosión y mutación son los tres aspectos que recrea esta exposición y de los cuales Tapia sólo se quedará con el último. Con una arquitectura en ruinas, sepultada por el peso de su armonía geométrica, de la que surge una nueva interpretación del mundo animal y, sobre todo, un nuevo intento de dar forma a lo inexistente, a las imágenes de nuestra memoria en constante mutación.